

Los pájaros de la diosa, de Etnairis Rivera.
San José, Editorial Arboleda, 2009

Maria Teresa Miranda
Departamento de Español
UPR-Ponce

“Las diosas ocultan su sexo detrás de la luna.”
Fernando Sabido Sánchez

En esta nueva entrega de Etnairis Rivera, la poesía se gesta en una dimensión divina y los versos son pájaros que levantan vuelo a plena luz del sol. La diosa de este poemario es una voz que comprende la mirada de las mujeres, protagonistas de su historia, que se insertan en el curso de las cosas para participar del viaje que es la vida; del vuelo de sus pájaros, que es el vuelo esencial a la libertad y a la validación de la existencia. *Los pájaros de la diosa* es un poemario que recrea el mito de la diosa creadora. Es un texto integrado por un grupo de poemas que celebran la vida, el cuerpo y sus ambages, la palabra y la memoria que se evoca a través de ella. Es un libro contundente sobre el poder del lenguaje, en el ejercicio adánico de la voz poética de nombrar cada cosa. Es, además, un texto de resistencia, en el cual Etnairis Rivera descubre la libertad enjaulada a través de la poesía e impulsa con ella una sublevación contra las restricciones de la sociedad.

En el mundo poético de esta nueva entrega de Etnairis Rivera, la hablante se desconecta de lo habitual e inicia un proceso de transformación. Este gesto estético produce una poesía mítica, que evoca al ser humano, primigeniamente, como un ser alado, hasta que fue expulsado del paraíso. La palabra es el conjuro para acceder a la Poesía, diosa que le ilumina y le muestra el camino a la voz poética. El mundo configurado en el primer poema, “El pájaro de luz”, marca el rito de la vuelta al paraíso, el goce de la entrada a la palabra:

El pájaro de luz que me habita
conmigo nació y a él debo mi estrella.

Converjo con su energía armoniosa,
diosa vital que me lleva de la mano.

El gozo de su aleteo al ras de mi cabeza
roza el instante visionario de la poesía,

disipa sombras,
trae mensajes del pueblo de la lluvia.

El pájaro de luz me inicia
en el amor sin tiempo.

(Rivera, 2009,19)

El libro se divide en cuatro regiones del ser, como los puntos cardinales, los elementos o los cuatro caminos de la espiritualidad chamánica nativo americana: “El pájaro de luz”, “Los pájaros del trópico”, “El preferido de la diosa” y “Voces”. En las cuatro partes, la voz poética evoca la belleza de la poesía y conjura el misterio de la vida en el lenguaje, en su función esotérica y divina. Las primeras dos estrofas del poema “Ese pájaro de presagio” así lo muestran:

Ese pájaro de presagio sobre la Esfinge
guarda el misterio felino de la vida,

la osadía de callar
lo que se sabe con certeza, [...]

(Rivera, 2009, 21)

La voz poética es la creadora de un nuevo orden nominativo. Cada letra es un iluminismo prohibido para los que no se atreven a embarcarse en este vuelo liberador. En *Los pájaros de la diosa*, el motivo de las aves sirve de anclaje con la poesía del Siglo de Oro y de las mitologías centroamericanas, para las que la presencia de las aves es una tradición que indica vida, purificación, espiritualidad, erotismo y errancia. Este proyecto itinerante se anuncia en la última estrofa de “Altars”:

Y en tanto amo y vivo por lo hermoso,
guardo fielmente las instrucciones de vuelo
para emigrar y volver junto a los pájaros.

(Rivera, 2009, 48)

Etnairis Rivera vuelve al motivo de las aves que ocupan las páginas de su poesía, particularmente en el *Pachamamapa Takin*. Los primeros cinco versos del poema “El territorio de los pájaros”, del texto citado lo anuncian:

Hoy he recibido visita,
el canto y aleteo
del reino y territorio de los pájaros.
Largo sería mi andar sin el augurio
y presencia libre, sonora, de los pájaros.”

(Rivera, 1995, 90)

Una forma de cruzar a otra forma de vida (al espacio de ficción que es el “territorio de los pájaros”) es a través de la vuelta a la infancia. Por eso la voz poética retrocede a ese umbral misterioso en el poema “Las palomas de la infancia”. En las primeras dos estrofas, la voz da rienda suelta al recuerdo, a través del lenguaje, a pesar de sí misma, sugiriendo su vitalidad y autonomía:

Me alimenté de palomas en la infancia.
Su caldo verde calentó mis entrañas,
día tras noche tras día extraño,
maldito, extravagante.

Me obligó a cantar sin entender por qué
hablaba con los árboles y sus flores [...]
(Rivera, 2009, 20)

El vuelo de los pájaros inicia en la primera parte del libro, titulada “**El pájaro de luz**”, que evoca el principio de la jornada del Loco; aquella que tiene lugar en los arcanos mayores del Tarot y su sabiduría folclórica. Es un viaje introspectivo, liberador que se anuncia temprano en el texto. Desde la selección de sus epígrafes, la voz poética asegura que camina sólo por el placer de caminar. Esto se evidencia en uno de los epígrafes:

Caminaremos. Sólo caminaremos.
Disfrutaremos nuestro camino
sin pensar en la llegada a ninguna parte.
Thic Nhat Hanh
Poeta vietnamita, Maestro Zen

Esta actitud despreocupada, en apariencia, desvincula la función poética de la praxis cotidiana. La fuerza de elocución de la hablante se esconde detrás de ese espacio otro (el mundo ficcional del poema). La poesía se separa del mundo habitual, no sólo para evadirlo, sino junto además para socavarlo, porque el sujeto lírico se resiste a cualquier fuerza impuesta y toma el poder.

El viaje a mundos secretos se inicia a través de la palabra, creando un imaginario de diosas aladas y pájaros sirvientes del amor. Es importante apuntar que, en *Los pájaros de la diosa*, la entrada de los pájaros de luz a un “mundo paralelo”, como lo denomina Lubomir Dolêzel, es un viaje a ninguna parte, a un lugar sin lindes, donde la palabra, aunque efímera, los resguarda del tiempo y los hace dioses, venciendo la muerte. El epígrafe más significativo en este sentido es de *Al dios sol*, de Friedrich Holderling:

Dicen que estos solitarios amorosamente
crearon un mundo secreto, conocido sólo por los dioses.

En el viaje a la palabra de esta primera parte, la voz poética verbaliza que la poesía es un aleteo y el acto de crearla, un tintineo fugaz de estrellas. Es decir, que es un tiempo efímero, en el que nos mudamos al espacio de ficción del poema. La diosa Poesía es escurridiza, se escapa del entendimiento y los menesteres de la mano humana. Por tal razón, este y otros poemas del texto aluden al paso vertiginoso del tiempo, al presagio de la voz poética sobre la imposibilidad de asir con el lenguaje la instantánea de la vida, tal como lo hace sentir “El agua entre las manos”:

Poesía, òpalo,
gracia, blancas flores,

una fuente que incita,
el viento que roza los cabellos,

el bosque y sus pájaros que no terminan,
un sol para desarmar penas,

el mar que no calla su rumor de algas,
el agua entre las manos.

(Rivera, 2009, 25)

Esta conciencia del tiempo en la voz poética (su *carpe diem*) nos remite a *El imperio de lo efímero*, de Gilles Lipovsky (Anagrama, 1986), pues la experiencia de quien convoca la palabra está abocada a la borradura del recuerdo, dado el paso del tiempo. La poesía es un eterno fluir cuyo destino es imposible conocer, sólo se sabe que es “la flor de un día”. Entonces, la poesía es también la magia misma que sostiene el tiempo.

La imagen de la noche es recurrente en este camino. Es como si el sol y su ausencia se hicieran cómplices de la travesía del amor. En “La Esmeralda en el ombligo”, la voz poética alude intertextualmente a María Magdalena, referencia que retomará en el último poema del libro. Este arquetipo femenino pule con sus lágrimas la Joya Esmeralda, que es una ofrenda a la diosa que se hace, desde el ombligo, la cuna de la vida. La Joya es la poesía misma y el ombligo representa la mirada (el viaje) hacia dentro, hacia la intimidad del sujeto lírico. El cuerpo es el puente entre ambos. Pero el viaje hacia los confines del ser es por entre un laberinto estrecho, falto de luz. La hablante lo afronta con la valentía precisa en el poema citado:

Este espacio reducido, esta confinada noche
ha de ser la pira ardiente de la diosa.

Transito por ella
y me interno sin miedo en el silencio.

Viajo a las estrellas luminosas
en mi interior.

Rescato la preciada Joya transformadora.
La pulo con mis lágrimas, practico la risa.

Reflexiono sobre el tiempo que me trajo aquí
con la esperanza sujeta a mis pechos.

Sé que alcanzaré a llevar

la destellante Esmeralda en el ombligo.
(Rivera, 2009, 22)

La mar se va cociendo como una diosa en sí misma, hasta que en “La mar poderosa” se revela como una posible Yemanyá o Tiamat, benévola y terrible, pero siempre purificadora. Pero el agua, también es poesía. La poesía es todo, inclusive arte, ciencia y religión. Esto queda demostrado en “Haikú”, cuando convierte al pájaro divino del dios Quetzalcoátl en símbolo de pura luz. En él nos hace sentir que la poesía también es conocimiento y razón, física y metafísica. Termina este ciclo con “Portal de Orión”, en el que la voz poética pide a la constelación de más larga duración visible desde la Tierra a que la proteja y su fluir. ¿Es acaso su petición a Orión, el cazador, o su contraparte femenina, Diana? Sólo la voz poética lo sabe, cuando les pide a los dioses la ambrosía de la inmortalidad para su poesía “Portal de Orión” es la confirmación de que la voz poética interesa un espacio otro, del que pueda entrar y salir, para dar vida a su poesía. Es éste el paraíso de la diosa, un mundo paralelo en el que la hablante re-nombra la realidad:

Mi petición a los astros:
llevar a Orión
por cinturón de vida,
bautizar mis escritos
con su nombre,
cruzar su Portal...
(Rivera, 2009, 27)

La segunda travesía de este libro, titulada “**Los pájaros del trópico**”, comienza con otra selección de epígrafes que constatan el vuelo, pero en solitario. Volar, asimismo, hacia una meta fija es un encierro, mientras se anhela volar sola, sin rumbo, libre y feliz. La voz poética nos muestra, entonces, la lucha de la mujer contra el poder patriarcal. La libertad del vuelo que toma del epígrafe de Claribel Alegría (*Soltando amarras*), es una toma de poder frente a los dictámenes dictatoriales de las relaciones de género de la sociedad misma:

*No me gusta este vuelo
es un vuelo encerrado
sin libertad sin alas
con una meta fija
y pasaporte.
Ansío el otro
el que yo sola emprenderè*

La voz poética trabaja su proyecto libertario con gran erotismo dentro de esta sección del texto. El trayecto del cuerpo es el mapa para llegar a senda de los pájaros. Lo vemos ilustrado en poemas como: “Tu cuerpo”:

Tu cuerpo se tiende sobre el mío
para que ninguna otra razón exista.

Tu cuerpo consume y rinde sobre mi cuerpo
las manos de artista, la senda de los pájaros.

La noche llega, navego danzando,
riéndome de placer,

abierta al tiempo detenido
bajo el carnaval de tu cuerpo.

(Rivera, 2009, 35)

En este poema el recorrido chamánico se da en las manos del artista, en cuyas líneas se esconde la senda de la poesía. El vuelo es pues, un posicionamiento político. El cuerpo del amante es el espacio para trazar una nueva cartografía. La mano de la artista hace la resistencia, traducida al cuerpo. En “Le amé”, la voz percibe la pasión como un imán, como un rizoma arraigado a la tierra, un impulso de vuelo en busca de libertad. Esto se evidencia en la primera y en la última estrofa del poema:

Le amè como a un bosque
con todas las tierras
único gran imàn.
[...]
fiel a mi pasión
que me impulsò a abrazarle
a soñarle libre.

(Rivera, 2009, 37)

Otro poema que explicita las imágenes eróticas del poemario es “Los labios tatuados en el pecho”. La primera estrofa resulta reveladora a estos efectos:

El gozo de tu cuerpo, su energía contra el mío,
fue esa cara de dios que hoy me desampara.[...].

(Rivera, 2009, 39)

El camino de la diosa continúa con el retrato del hombre como *trickster* (un pícaro divino o embaucador) en “Promesas”. La promesa es un truco y la amnesia, un medio para la conquista. El hombre enuncia la palabra, pero fallidamente y queda expuesto como un tramposo. La hablante lírica no queda expuesta como víctima, tiene la clave para saber que el discurso masculino es un artificio. La última estrofa sintetiza la conclusión a la que la hablante llega:

Sòlo en una cosa empeña la palabra,
promesas, promesas...

(Rivera, 2009, 40)

En “Trato de emigrante”, la hablante señala que amar significa emigrar a la oscuridad, a un espacio oculto, ficcional, si consideramos que es una cartografía inventada. La hablante asume una posición de dominio, pues puede salir de la diègesis del poema, abandonar el territorio peligroso, cuando así lo quiera. Las primeras dos estrofas, y la última, nos dan la clave del poema:

Cuando escuché su propuesta de amor
como quien planifica un trato
de emigrante aventura,

la oscuridad me persiguió
y la noche no solía levantar
su gran presencia.

[...]

Supe que evadiría la luz
en los ojos de los pájaros.
Abandoné el mapa que sedienta inventé.

(Rivera, 2009, 41)

Otro poema en el que la voz poética establece el cuerpo como un atlas es “Ardiente gaviota”. Los primeros dos versos dicen contundentemente:

El poeta vive su mapa de reglas
ardiente laberinto

[...]

(Rivera, 2009, 63)

En los poemas de esta sección vemos cómo se concreta el ritual pagano del amor. En “La cinta blanca”, la hablante utiliza una cinta blanca para amarrarse al amor (concedido, luego perdido), parecida a Melibea, convulsa de pasión ante los hechizos celestinescos. Ve los tres cuervos como mensajeros de la diosa, quien muy bien podría ser Morrigan, deidad triple de la religión pagana celta, diosa de la guerra, cuyo símbolo es el cuervo. La voz poética libra una guerra contra el desamor, contra el olvido, contra el infortunio. Tiene la opción, sin embargo, de arrepentirse del hechizo y romperlo. Tiene dominio absoluto de su destino; las claves para vencer su dificultad amorosa. El final del poema sugiere las previsiones que prueban la astucia de la hablante:

[...]

Me apresuré a desatar los hechizos
antes de hornear mi propio pan de lágrimas.

Guardé la cinta blanca para un encanto venidero.
(Rivera, 2009, 44)

En “La desaparecida en casa pájaro”, la voz poética también posee el don de desaparecer; en “la flor del pensamiento”. El *carpe diem* queda registrado una vez más:

Hoy que vivo y nada me pertenece
sino el aroma del instante, la flor del pensamiento,

puede que no importe si me voy o me quedo
al lado tierno de los pájaros, en la plenitud de su augurio,
este cielo amplio que cobija mi existencia.

Puede que de tanto amar, sea un poco
La desaparecida en cada pájaro.
(Rivera, 2009, 47)

Ese es el mismo caso de “El espejo de otredad”. La voz establece la caducidad de la imagen que conservamos en la memoria, pues el recuerdo es una mimesis débil e imperfecta ante el paso arrollador de la vida. Para la hablante, la identidad se diluye con el tiempo y la distancia, aunque ella tiene el subterfugio para lidiar con la fugacidad del tiempo y la pasión:

Esa que asoma a su espejo, no se reconoce.
¿Quièn la olvida, quièn recuerda su beso en la distancia
y pena por sentir su piel de rosas y jazmines?

Ella no mira el rostro del día que pasó,
Ella escucha la voz del amante reciente. [...]
(Rivera, 2009, 49)

La isla se cierne como motivo dentro de la cartografía de *Los pájaros de la diosa*. En “Altares” la actitud de la voz poética es de rebeldía de expectativa, de resistencia ante el vasallaje y la amenaza contra su libertad. Emigra, abandonando una vez más lo cotidiano, para ponerse una “armadura” y protegerse de la realidad del país:

Vivo en una isla tomada del trópico,
me visto de luces y es mi armadura
un corazón inalcanzable por la falsedad y la derrota.

Vivo así como me gusta, libre para amar en demasía.
Pongo en mis altares la canción primera
de tu boca amante, del vino de la noche que no acaba.

[...]

(Rivera, 2009, 49)

La tercera jornada del texto, titulada “**El preferido de la diosa**”, abre una grieta por donde se desplaza la voz poética de la realidad a un espacio estérico, espiritual, “frente a la constelación de Orión”. En el primer poema de la sección, “La ventana”, las fronteras entre el mundo físico y la espiritualidad cambiante del chamán se anulan. La magia heredada es el puente entre la praxis vital y la visión espiritual de la poeta. La voz poética construye esa ventana, que le permite ver con una percepción más profunda su experiencia femenina. Así, cruza el portal de Orión, para escribir, desde un espacio extrañado, la ficción poética:

Tuve una ventana
a un olor de gardenias
que llenaba las noches
cuando sentía
la presencia de visitantes espirituales
un chamán permanecía a mi lado.
Fue entonces cuando comencé a abrazar
árboles y hablar con pájaros
a la edad de siete años
y mi madre pensó
que había parido a una niña loca.

[...]

(Rivera, 2009, 55)

En “Venus al alba”, la poeta pavimenta el camino “Solitario” de la magia y el amor. La cartografía del propio cuerpo femenino se hace evidente una vez más. Venus se revela como la patrona protectora del camino que guarda el misterio de la vida, que termina como cáliz de un altar pagano en el cuerpo mismo de la mujer. La última estrofa resulta de un erotismo evidente:

[...]

Mi cambio favorito: las nubes
encendidas
que despiden el alba
y toman
el cuerpo rojizo
de un pájaro grande
que se diluye
sobre mi monte
de Venus.

(Rivera, 2009, 57)

Pero es en el poema “La flor en tu oficina” en el que la voz poética se desnuda y se hace pájaro y altar (“abro las piernas como alas”). Esta metamorfosis chamánica es invisible para todos, salvo para el amante, porque éste debe seguir la clave de la imaginación provista en la diégesis del poema. La última estrofa lo evidencia:

[...]

Tu jefe y demás agentes del orden no me ven
ni siquiera sospechan que allí tendida,
abro las piernas como alas
para que conspires contra el aburrimiento.

(Rivera, 2009, 58)

Un poema de esta parte que llama mucho la atención es “Saudade”, vocablo portugués que significa un sentimiento nostálgico de anhelo, que mezcla sentimientos como el amor, la pérdida, la soledad, el vacío y la necesidad. Los versos están permeados de melancolía. El sentimiento de nostalgia surge mientras la voz poética piensa en la vida. La poeta-diosa se muestra ante la penumbra del desamor. Es un poema/conjuro para la protección en el camino. Los versos de “Saudade” encierran un *ars* poética, puesto que señala claramente las prioridades de la hablante en términos de su producción:

Este poema no es para èl
no es para ninguno de los desmemoriados
amores de un rato
que me acompañaron.
Se lo debo a la vida, a los pájaros
que cruzan al ras de mi cabeza,
a la diosa
que protege mis caminos y mis células
del atrevimiento y la tristeza
para que no se desordenen ante el desamor.

[...]

(Rivera, 2009, 64)

El último poema de este recorrido es “El preferido de la diosa”. De todos los pájaros del mundo poético de la voz poética, es el escogido, porque es el que le ayuda a vencer la muerte, a través de la entrega física y la conexión amorosa. (Rivera, 2009, 65)

Finalmente, la última parte del libro se trata de un poema polifónico, con un contrapunto de voces, entre las cuales se distinguen las de María Magdalena y Jesús. La diosa se auto- fecunda, es semilla en sí misma, es una isla. La diosa es todas las voces, y María Magdalena escapa de su falso estereotipo de prostituta para convertirse en una mujer que ama libremente al más grande de todos chamanes. Los rasgos femeninos que la hablante ofrece en el poema son: la mujer como isla asediada, violada y circunscrita a la obediencia, aunque es, además, un ser subversivo, una mujer que peca y se hace pasar por ángel, una semilla, una promesa, una poeta en ciernes, una seductora que sirve y se sirve, un ser de amor. María recibe el discurso y accede a la complacencia, sin abandonar su esencia, pronuncia: “*Estoy lista./ Me vestiré de blanco y de laureles./ Te daré a comer fresas silvestres en mi lecho/ para que sueñes/ con pájaros...*”. (Rivera, 2009, 71-74). Este poema es una síntesis de la visión de mundo que la autora tiene con respecto a la mujer y los roles sociales con que carga en la sociedad. Su revolución consiste en soltar esas amarras, abandonar la rigidez de lo cotidiano y escapar por la puerta de Orión a un mundo paralelo en donde los pájaros sueñan ser soñados.

Esta poesía telúrica, corpórea, es un vuelo de pájaros encantados, donde Etnairis Rivera nos remite al simbolismo de la condición del ser, con la posibilidad de que la conciencia ascienda a su naturaleza volátil, hacia un estado superior. El vuelo de los pájaros implica escape, una mirada a lo queda de este mundo. El ascenso en *Los pájaros de la diosa* es la experiencia superior que se vive a través de cada verso, si nos convertimos en dioses y dueños de la palabra.

Referencias

- Rivera, Etnairis. *Los pájaros de la diosa*. San José, Arboleda Editores, 2009
- _____. *Entre ciudades y casi paraísos*. San Juan, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1995